

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

The Word of God is living and efficacious. God's word speaks to every time and place and, if heard well, its effects are amazing. And what's equally amazing is how the Lord goes about achieving the desired effect. Take, for example, the passage today from First Corinthians. How have you heard it? One way to tell is by examining your thoughts and feelings upon hearing it.

Initially, Saint Paul's words did not make any appeal to my self-esteem. It's hard to hear that I'm not wise, powerful or of an elite status. Even more challenging is the notion that I might be considered foolish for my beliefs, weak in my position, and so, generally lowly and looked down upon. That got me to thinking, "Saint Paul surely didn't intend to put me down, did he?"

Nope, he didn't. Buried in this small passage is a choice I must make, and you as well. Shall I measure my self-worth according to the standards of the world, or according to the values of my "calling" from the Lord, as Paul puts it? Am I just another dog in a dog-eat-dog world or is my own survival dependent upon lifting others up with me? Well, that depends upon how you and I hear Paul saying, "God chose the lowly and despised of the world, those who count for nothing, to reduce to nothing those who are something, so that no human being might boast before God."

Boasting before God seems a very dangerous matter. Certainly, Jesus preached that by the way he lived. Not sure if being born in a stable or being an itinerant preacher living off the generosity of others and dying naked on a cross count for much. But I do know that Jesus put all his chips on being a man of his word backed up by his good will for others. I guess what I'm trying to say is that Jesus only wanted the best for everyone, especially those on a collision course with disaster, which is what anyone with a modicum of faith would know gambling with one's prestige before God. In short, the "calling" of a Christian is not about getting myself to heaven without doing my best to help others get there being a disciple of Jesus. How does that sound? How do you think and feel about that?

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. ANTHONY GENEROSE**
PASTOR

La Palabra de Dios es viva y eficaz. La palabra de Dios habla a todos los tiempos y lugares y, si se escucha bien, sus efectos son asombrosos. Y lo que es igualmente asombroso es cómo el Señor logra el efecto deseado. Tomemos, por ejemplo, el pasaje de hoy de la Primera Carta a los Corintios. ¿Cómo lo has escuchado? Una forma de saberlo es examinando tus pensamientos y sentimientos al escucharlo.

Al principio, las palabras de San Pablo no apelaban a mi autoestima. Es difícil escuchar que no soy sabio, poderoso ni pertenezco a la élite. Aún más difícil es la idea de que se me pueda considerar tonto por mis creencias, débil en mi posición y, por lo tanto, generalmente humilde y menospreciado. Eso me llevó a pensar: “Seguramente San Pablo no tenía la intención de menospreciarme, ¿verdad?”.

No, no fue su intención. En este pequeño pasaje se esconde una elección que debo tomar, y tú también. ¿Debo medir mi autoestima según los estándares del mundo o según los valores de mi “vocación” del Señor, como dice Pablo? ¿Soy solo otro perro en un mundo donde todos se devoran entre sí, o mi propia supervivencia depende de elevar a los demás conmigo? Bueno, eso depende de cómo tú y yo interpretemos las palabras de Pablo: “Dios escogió lo humilde y lo despreciado del mundo, lo que no es nada, para reducir a la nada lo que es algo, a fin de que ningún ser humano pueda jactarse ante Dios”.

Jactarse ante Dios parece un asunto muy peligroso. Sin duda, Jesús predicó eso con su forma de vivir. No estoy seguro de si haber nacido en un establo o haber sido un predicador itinerante que vivía de la generosidad de los demás y murió desnudo en una cruz cuenta para mucho. Pero sí sé que Jesús apostó todo por ser un hombre de palabra respaldado por su buena voluntad hacia los demás. Supongo que lo que intento decir es que Jesús solo quería lo mejor para todos, especialmente para aquellos que se encontraban en rumbo de colisión con el desastre, que es lo que cualquiera con un mínimo de fe sabría al arriesgar su prestigio ante Dios. En resumen, la “vocación” de un cristiano no consiste en llegar al cielo sin hacer todo lo posible por ayudar a los demás a llegar allí siendo discípulos de Jesús. ¿Qué les parece? ¿Qué piensan y sienten al respecto?

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**
ASSISTANT PASTOR

“Bienaventurados los pobres: el Reino es de ellos”

(Sof 2,3; 3,12-13 / 1 Co 1,26-31 / Mt 5,1-12)

En un mundo que admira lo fuerte, lo brillante y lo exitoso, la Palabra de Dios de este domingo nos conduce hacia una lógica distinta: la lógica del Reino, donde lo pequeño no es despreciado, lo humilde no es invisible y lo frágil no es descartado. Hoy Dios nos revela que su salvación no se construye desde la arrogancia, sino desde la pobreza confiada, desde el corazón que no se presume suficiente, sino que se deja sostener.

El profeta Sofonías anuncia una promesa que parece sencilla, pero es profundamente revolucionaria: Dios preservará un “pueblo humilde y pobre”, un resto que no vive de la mentira ni de la violencia, sino de la verdad y la mansedumbre. No se trata solo de pobreza material, sino de una actitud interior: un corazón sin doblez, que busca al Señor, que no se defiende con orgullo, que no se impone con dureza, y que encuentra refugio en el Nombre de Dios. El profeta nos muestra que la esperanza de Israel no está en los poderosos, sino en aquellos que, en medio de la prueba, aprenden a confiar.

San Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, profundiza esta misma enseñanza: Dios no eligió a los “sabios” según el mundo, ni a los “poderosos” según la lógica humana, sino a lo que parece débil, pequeño y despreciado, para revelar que la salvación es gracia, no mérito. La comunidad cristiana no nace como un club de superiores, sino como una familia de rescatados. Por eso el apóstol proclama con fuerza: “El que se glorie, que se glorie en el Señor.” La verdadera grandeza no consiste en tener más, sino en pertenecer a Cristo; no consiste en imponerse, sino en dejarse transformar por Él. La vida cristiana es un camino donde Dios nos enseña a vivir con humildad, porque solo el humilde puede recibirlo todo como don.

En el Evangelio, Jesús sube al monte y proclama las Bienaventuranzas. No son una poesía bonita, ni una lista de frases consoladoras: son el retrato del discípulo, el mapa del Reino, la identidad de quienes han decidido vivir con Dios como centro. “Bienaventurados los pobres de espíritu” no significa resignación, sino libertad interior: el pobre de espíritu es aquel que no se aferra, que no se cree dueño de todo, que reconoce su necesidad de Dios. “Bienaventurados los mansos” no son los débiles sin carácter, sino los fuertes que renuncian a la violencia. “Bienaventurados los que lloran” no son los derrotados, sino los que conservan un corazón humano, capaz de compasión. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia” son aquellos que no pactan con el mal, sino que buscan lo recto aunque cueste. Y “bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia” son los que permanecen fieles cuando el mundo presiona para que renuncien a la verdad.

Este domingo, el Señor nos invita a preguntarnos con sinceridad: ¿en qué estoy apoyando mi vida? ¿En mi imagen, en mi control, en mi orgullo, en mis seguridades... o en el Señor? Las Bienaventuranzas nos recuerdan que la santidad no es apariencia, sino coherencia; no es decir “Señor, Señor”, sino dejar que Cristo modele el corazón.

Pidamos al Señor la gracia de ser ese “resto humilde” del que habla Sofonías: una comunidad sencilla, limpia de corazón, sin engaño, sin soberbia, sin violencia. Que nuestra parroquia sea un signo vivo del Evangelio: un lugar donde los pobres son abrazados, los mansos son respetados, los que sufren son consolados, y la justicia es amada. Porque al final, la verdadera felicidad no es la que el mundo promete, sino la que Cristo regala: la alegría de pertenecer al Reino.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**
ASSISTANT PASTOR**"Blessed Are the Poor: The Kingdom Is Theirs"**

(Zeph 2:3; 3:12–13 / 1 Cor 1:26–31 / Mt 5:1–12)

In a world that admires strength, visibility, and success, the Word of God proclaimed this Sunday leads us into a very different logic: the logic of the Kingdom of God, where what is small is not despised, what is humble is not ignored, and what is fragile is not discarded. Today, the Lord reveals that His salvation is not built upon arrogance, but upon humble trust, upon hearts that do not claim self-sufficiency but allow themselves to be sustained by God.

The prophet Zephaniah announces a promise that is simple yet profoundly radical: God will preserve a "humble and lowly people," a remnant who live without deceit or violence, who walk in truth and gentleness, and who find refuge in the Name of the Lord. This poverty is not only material; it is a spiritual posture — a heart without duplicity, a heart that seeks God, that does not defend itself through pride or impose itself through force. Zephaniah reminds us that Israel's hope, and ours, does not rest in power, but in those who, amid trial, learn to trust.

Saint Paul deepens this same message in his First Letter to the Corinthians. God did not choose the wise according to worldly standards, nor the powerful, but rather what appears weak, insignificant, and despised, in order to show that salvation is grace, not achievement. The Christian community is not a gathering of the superior, but a family of the redeemed. That is why the Apostle boldly proclaims: "Let the one who boasts, boast in the Lord." True greatness does not lie in possessing more, but in belonging to Christ; not in dominating others, but in allowing oneself to be transformed by Him. The Christian life is a path where God teaches us humility, because only the humble can receive everything as a gift.

In the Gospel, Jesus ascends the mountain and proclaims the Beatitudes. These are not poetic ideals or comforting phrases; they are the portrait of the disciple, the roadmap of the Kingdom, the identity of those who have chosen to live with God at the center. "Blessed are the poor in spirit" does not mean passive resignation, but interior freedom: the poor in spirit are those who do not cling, who do not consider themselves owners of everything, who recognize their deep need for God. "Blessed are the meek" are not the weak, but the strong who renounce violence. "Blessed are those who mourn" are not the defeated, but those who preserve a truly human heart, capable of compassion. "Blessed are those who hunger and thirst for righteousness" are those who refuse to compromise with evil and seek what is right even when it is costly. And "blessed are those who are persecuted for righteousness' sake" are those who remain faithful when the world pressures them to abandon the truth.

This Sunday, the Lord invites us to ask ourselves honestly: On what am I building my life? On image, control, pride, and false securities — or on the Lord? The Beatitudes remind us that holiness is not appearance, but coherence; not saying "Lord, Lord," but allowing Christ to shape our hearts.

Let us ask for the grace to become that "humble remnant" spoken of by Zephaniah: a community simple in spirit, clean of heart, free from arrogance, deceit, and violence. May our parish be a living sign of the Gospel — a place where the poor are welcomed, the meek are respected, those who suffer are comforted, and justice is loved. For in the end, true happiness is not what the world promises, but what Christ gives: the joy of belonging to the Kingdom of God.